

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Mensaje

XVII JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO 2009

XVII Jornada Mundial del Enfermo 2009

11 de febrero de 2009

Queridos hermanos y hermanas:

Con motivo de la Jornada Mundial del Enfermo, que se celebra el próximo 11-2-2009, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, las comunidades diocesanas se reunirán con sus obispos en encuentros de oración, para reflexionar y decidir iniciativas de sensibilización sobre la realidad del sufrimiento. El Año Paulino que estamos celebrando ofrece la ocasión propicia para detenernos a meditar con el apóstol san Pablo sobre el hecho de que *«así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación»* (2Co 1,5). Además, la unión espiritual con Lourdes nos trae a la mente la solicitud maternal de la Madre de Jesús por los hermanos de su Hijo *«que todavía peregrinan y viven entre angustias y peligros, hasta que lleguen a la patria feliz»* (Lumen gentium, 62).

Este año nuestra atención se dirige en particular a los niños, las criaturas más débiles e indefensas, y, entre ellos, a los niños enfermos y a los que sufren. Hay niños que llevan en su cuerpo las consecuencias de enfermedades que los dejan incapacitados, y otros que luchan con males aún hoy incurables, a pesar del progreso de la medicina y la asistencia de buenos investigadores y profesionales de la salud. Hay niños heridos en su cuerpo y en su alma como consecuencia de conflictos y guerras, y otros que son

sufrimiento se traduce en un apoyo útil a las familias de los niños enfermos, creando dentro de ellas un clima de serenidad y esperanza, y haciendo que reconozcan que a su alrededor hay una familia más vasta de hermanos y hermanas en Cristo.

La compasión de Jesús por el llanto de la viuda de Naím (cf. Lc 7,12-17) y por la apremiante súplica de Jairo (cf. Lc 8,41-56) constituyen, entre otros, algunos puntos de referencia útiles para aprender a compartir los momentos de dolor físico y moral de tantas familias probadas. Todo esto presupone un amor desinteresado y generoso, reflejo y signo del amor misericordioso de Dios, que nunca abandona a sus hijos en la prueba, sino que siempre les proporciona admirables recursos de corazón y de inteligencia para que puedan afrontar adecuadamente las dificultades de la vida.

La dedicación diaria y el compromiso sin descanso al servicio de los niños enfermos constituyen un testimonio elocuente de amor por la vida humana, en particular por la vida de quien es débil y depende de los demás en todo y para todo. Es necesario afirmar con vigor *la absoluta y suprema dignidad de toda vida humana*. Con el paso del tiempo no cambia la enseñanza que la Iglesia proclama incesantemente: la vida humana es bella y debe vivirse en plenitud, también cuando es débil y está envuelta en el misterio del sufrimiento. Es a Jesús crucificado a quien debemos dirigir nuestra mirada: al morir en la cruz quiso compartir el dolor de toda la humanidad. En su sufrimiento por amor vislumbramos una suprema coparticipación en las penas de los niños enfermos y de sus padres.

Mi venerado predecesor Juan Pablo II, que desde la aceptación paciente del sufrimiento dio un ejemplo luminoso especialmente en el ocaso de su vida, escribió: *«En la cruz está el Redentor del hombre, el Varón de dolores, que asumió en sí mismo los sufrimientos físicos y morales de los hombres de todos los tiempos, para que en el amor puedan encontrar el sentido salvífico de su dolor y respuestas válidas a todas sus preguntas»* (Salvifici doloris, 31).

Deseo expresar aquí mi aprecio y mi aliento a las organizaciones internacionales y nacionales que se ocupan del cuidado de los niños enfermos, particularmente en los países pobres, y que con generosidad y abnegación contribuyen para asegurarles asistencia adecuada y amorosa. Al mismo tiempo, hago un urgente llamamiento a los responsables de las naciones para que se potencien las leyes y se tomen